



**Mazen
Maarouf
Chistes
para
milicianos**

Alianza Lit

Mazen Maarouf
Chistes para milicianos

Traducido del árabe por Ignacio Gutiérrez de Terán

Índice

Chistes para milicianos

Matador

Gramófono

El chiste

El cine

Galletas

El porteador

El síndrome de los sueños ajenos

Acuario

Otra identidad

El despertador

El bote de mermelada

Cortinas

Juan y Awsa

Créditos

Chistes para milicianos

1. La planta de pimienta

Soñé que mi padre tenía un ojo de cristal. Al despertar, el corazón me palpitaba con estrépito. Parecía el corazón de una vaca aterrada. Y, sin embargo, sonreía. Me sentía feliz. Como si, por fin, se hubiera hecho realidad y sí, mi padre tenía un ojo de cristal. Cuando era pequeño, me regaló un esqueje de pimienta por mi cumpleaños. Un regalo extraño cuya razón de ser no llegué a comprender en aquel momento. Había disparos y ráfagas de vez en cuando, pero nos acabamos acostumbrando a ellos, lo mismo que uno termina por acostumbrarse al ruido de los cláxones de los coches. Aunque nunca llegué a comprender lo que ocurría en derredor. Algo parecido me pasaba con el esqueje de pimienta: nunca pude comprender qué llevó a mi padre a aparecer con aquella planta y dejarla allí. Lucía como dos capullitos, por lo que, supuse, la cosa tendría que ver conmigo y mi hermano gemelo. Por aquella época, los milicianos estuvieron durante meses combatiendo alrededor de nuestra calle, entre el mar y el centro de la ciudad. No obstante, mi madre nos seguía mandando a la escuela, a mí y a mi hermano gemelo, sordo de nacimiento, que por el camino se apretaba a mí, temeroso.

No, no me gustó el regalo de mi padre. Lo encontraba excéntrico y odioso. Por eso no le conté nada a ninguno de los alumnos de la escuela. Pero lo cuidé, tal y como me pidió. Mi padre era planchador y regentaba una tintorería; y me enseñó a frotar los brotecillos del pimienta con un algodón y a aplicarles el calor de una vela para nutrirlos de vitaminas y hacerlos crecer. Él lo hacía con sumo cuidado. «Tienes que mimarla para que eche brotes; esta planta tiene que ser tu amiga», me explicaba. El proceder de mi padre

me hizo comprender que en cada una de esas protuberancias había un alma y que yo tenía que protegerla costase lo que costase. Ésa era la pequeña misión que se me había encomendado en medio de toda esa guerra. A veces, cuando los combates se recrudecían y los milicianos echaban mano de armas pesadas como morteros y lanzacohetes, mi madre y mi hermano, aterrados, se tiraban al suelo en el pasillo, entre el salón y el baño y la cocina, mientras yo permanecía de pie junto al teléfono, el punto de la casa más expuesto a los francotiradores, con una vela en la mano, alumbrando la planta de pimiento, convencido de que las almas de mi hermano, mi padre, mi madre y yo mismo también residían en esos vástagos que iban creciendo; y que así ninguno de nosotros moriría, en especial mi padre, que no volvía a casa hasta la tarde. De ese modo, comencé a intimar con la planta de pimiento, a sentir más afecto hacia ella, aun cuando en un momento determinado dejé de regarla con agua y me dediqué a lanzarle escupitajos. Mi madre llevaba un tiempo diciendo que el agua era muy escasa y la gente se moría de sed. Sus palabras me llenaron de temor y decidí que, mejor, me bebía yo el agua, en la creencia de que beber agua hoy me quitará la sed de mañana. No sólo eso, pensaba que regarla con mi propia saliva contribuía a hacer más estrecha nuestra relación. Hasta que un buen día mi madre me vio y se lo contó a mi padre cuando regresó del trabajo.

Ésa fue la primera vez que me azotó con el cinturón. Estaba enfadadísimo, tanto que yo apenas si daba crédito: ¿toda esta ira por escupir en un pimiento? Hasta el punto de que pude ver a mi hermano sordo cerrar los ojos con fuerza y estremecerse cada vez que el cinturón me laceraba la piel. Cuando acabó y se fue, me acerqué a la planta, entre sollozos, tratando de discernir, con ojos inundados de lágrimas, cuál de aquellos botones sería el espíritu de mi padre. No me costó mucho; escogí el más grande de todos, lo arranqué de forma vil y lo pisoteé con saña.

2. Saltamontes

En la escuela, los alumnos disputaban entre sí para demostrarse, unos a otros, que a ellos los zurraban más que a nadie. Historias que describían la fuerza desmedida del padre en el seno del hogar. Y es que para nosotros, durante la guerra, no existía asunto más importante que el de la fuerza. Mi padre no ocupaba la cúspide de aquella pirámide de padres poderosos, por supuesto, porque no había sido capaz de imponer el castigo más cruel. Pero les conté cómo me azotó con el cinturón. Y cuando me preguntaron la razón, les mentí. No les dije «Por escupir en la planta del pimiento», sino que me inventé una historia en la que yo había hecho una auténtica temeridad. Algo fabuloso, propio de la estirpe del mismísimo Hércules. «Me tragué toda la caja de Valium de mi madre y mi padre se puso a darme azotes hasta que vomité todas las pastillas. Hasta la última.»

Pero, días después de haberles narrado mi epopeya, uno de mis compañeros en la escuela me vino a decir que había visto cómo zurraban a mi padre en la calle. «Llevaba puesto un cinturón marrón, pero no lo usó. ¿No era ése el cinturón con el que te pegó a ti?», me dijo. «Sí», asentí con la cabeza. Mi padre sólo tenía un cinturón marrón, y ese amigo me lo había descrito con la fidelidad de quien hubiera presenciado la escena con la cabeza metida dentro de un caleidoscopio gigante. Cuando mi padre volvió, me di cuenta de que los moratones que tenía en el rostro no se debían a quemaduras producidas por el vapor de la plancha; y, para asegurarme del dolor que a buen seguro padecía, estiré el dedo y lo empotré en el más aparatoso de todos. Dormía, pero dio un respingo de dolor y apartó la cara

sin abrir los ojos, aparentando seguir sumido en un profundo sueño.

En ese momento lo comprendí todo: el alma de mi padre había abandonado para siempre la planta del pimiento. Y me eché la culpa a mí mismo, porque, si no hubiera arrancado aquel brote que con tanta saña pisoteé, mi padre no estaría tan débil ahora. Ni sería tan cobarde, que era lo que más dolía.

No volvió a pegarme después de aquello, a pesar de mis constantes provocaciones. Escupí más de una vez en el pimiento estando él delante, pero no hizo nunca nada, por muy voluminoso o estruendoso que fuera el escupitajo. Tampoco hablaba mucho. Se pasaba la mayor parte del tiempo en el baño, sentado en el borde de la bañera. Yo lo espiaba a través del ojo de la cerradura. Lo veía tan desamparado, con la baba colgándole de la boca, sin percatarse de nada, que yo, desde detrás de la puerta, le susurraba, con los dientes muy apretados, como si fuera un viejo amigo que se sienta junto a él en el borde de la bañera, frente al mar: «No llores, no llores...». Al menos, no rompía a llorar, señal de que aún no se había derrumbado del todo.

Poco tiempo después, recién llegado del trabajo, con marcas de suelas de zapato en la ropa, cogió la televisión y la puso bajo el árbol que había frente al edificio. A la televisión no le pasaba nada, pero mi padre quería que todo el mundo comprendiese: nada tenía nada que ver con la política y no le importaban las noticias al respecto. En cualquier caso, mi padre no dejó un solo día de ir al trabajo, porque su tintorería tenía el encargo de lavar y planchar la ropa de los huéspedes de un gran hotel, la mayor parte de ellos periodistas extranjeros llegados de lejanas tierras para escribir sobre la guerra en curso en nuestra calle y otras adyacentes.

La historia de la zurra que le dieron a mi padre pronto se difundió por la escuela, gracias a lo cual comenzaron a llamarme el hijo del «Saltamontes». Porque los saltamontes

huyen y jamás atacan. Traté de sacudirme el mote inventándome historias de cómo mi padre me zurraba de lo lindo a mí. Por las mañanas, camino de la escuela, me tomaba mi tiempo para quemarme los brazos y la tripa con cigarros. Luego me rasgaba el uniforme, me arañaba el cuello y me frotaba los ojos con fuerza. Buscaba un callejón abandonado y me aplicaba una sesión de autotortura. A veces el dolor se me hacía insoportable. Pero, cuando llegaba a la escuela, todos los chicos me hacían un corrillo y yo les decía, apoyándome en el portón, como si estuviese a punto de desfallecer: «Ha sido mi padre. ¡Menuda zurra me ha dado! ¿Saltamontes, decís? ¡Todo lo contrario!». Pero la directora no tardó en mandarme llamar y, después de inspeccionarme las heridas, concluyó: «Me da que eres tú quien te haces todo esto», en la idea de que ningún padre mandaría a su hijo a la escuela después de dejarle el cuello magullado y quemarle la piel con cigarrillos. Luego llamó a mi madre, que vino a toda prisa y se lio a darme guantazos según salíamos de la escuela, a la vista de todos los alumnos, los cuales, asomados a las ventanas de sus aulas, contemplaban la escena riendo como ratones burlones.

Aquella fue la primera vez en que probé la hiel del fracaso. Y llegué a la conclusión de que debía renunciar a todo, incluido mi pequeño reino de coches Matchbox, con tal de conseguir que mi padre se convirtiera en alguien poderoso y temible. Eso incluía romper la hucha, a cuya raja tantas veces le había hablado en susurros de mis sueños. Pensaba que musitarle a esa ranura por la que se insertan las monedas haría que la hucha fuera capaz de hacer realidad cualquier sueño. Tú le cuentas tus deseos y la ranura hace que la hucha se ponga a contar todo el dinero que lleva en sus entrañas y, de paso, amolde la cantidad total a tus necesidades. Y mis sueños, en aquel tiempo, pasaban por comprar una pistola de plata de 6 mm como las que tenían, por lo menos, tres de los chicos que vivían en el edificio.

Pero ahora mi sueño era otro: comprarle un ojo de cristal a mi padre.

3. El vendedor de leche con *salep*

Cierto que la idea del ojo de cristal no fue una invención mía, sino del vendedor de leche con *salep* que venía a la escuela, si bien yo siempre tuve clara una cosa: a mi padre había que hacerle cambios estructurales en el rostro, aunque fuera a costa de deformárselo. Todo con tal de salvarlo; pero no sabía cómo ni tampoco qué parte había que sacrificar. Lo observaba por la noche, mientras dormía; escrutaba sus facciones, buscaba pistas. «¿Qué se le puede arrancar o, al menos, desfigurar, para hacer que parezca un ser terrible?», me preguntaba sin cesar. Pero no llegaba a ninguna conclusión, porque, en primer lugar, la cara de mi padre era más bien pequeña y, después, no me ayudaba nada el dormir entrecortado que tenía y que le hacía despertarse de súbito y mirarte aterrorizado mientras te preguntaba: «¿Por qué no estás durmiendo? ¿Tienes miedo de algo?». ¿Qué se suponía que debía hacer yo entonces? Siempre me daban ganas de contestarle con la misma pregunta cuando lo veía abrir los ojos de repente: «Papá, ¿tú tienes miedo?». Aunque al final acababa preguntándole otra cosa, para relajar el ambiente: «No, papá, ni tú ni yo tenemos miedo. ¿Verdad?».

«Pues claro que no», decía con voz temerosa, dubitativa, y después me acompañaba a la habitación para que volviera a dormir. Se sentaba en una esquina de la cama que compartíamos mi hermano y yo y se quedaba un rato, absorto, igual que cuando se sentaba en el borde de la bañera. Y, en cuanto comenzaba a caérsele la baba, yo cerraba los ojos, apretando con fuerza los párpados, haciéndole creer que el sopor me había vencido. Entonces se levantaba, entraba en la cocina, bebía un poco de agua y volvía

junto a mi madre, que seguía durmiendo, profundamente, crepitando como un frigorífico en verano.

El vendedor de *salep* era un espía. Venía a la escuela dos veces al día. Completamente calvo. De baja estatura, sin barba, con un bigotillo rasurado. Calzaba botas de barrendero. Esto último hacía que muchos chicos se negaran a comprarle *salep*. Pero a él, según parecía, no le importaba, porque seguía viniendo cada día a la escuela, silencioso. Nunca le oímos decir una sola palabra. Tampoco lo vimos alterado o afectado por algo; se limitaba a escuchar tu pedido, tomar el dinero y darte la vuelta, si había algo que devolverte. Tenía la cuenca del ojo derecho vacía, aunque no era eso lo que llamaba la atención de los chicos. Las botas de barrendero, esas sí que les parecían dignas de interés. Más que lo del ojo. Quizás porque, en medio de aquella guerra, los cuerpos mutilados se habían convertido en una escena habitual, como los anuncios de queso importado, por ejemplo, que te despertaban una sensación de afecto aun sabiendo que nunca llegarías a ver uno de cerca en tu vida. Por televisión solíamos ver un cadáver o dos al día, cuando menos; o venía un compañero de clase y te contaba, con todo lujo de detalles, cómo un proyectil se había llevado por delante a un familiar suyo. Ahora bien: era impensable ver un cadáver calzado con botas de barrendero. Imposible. El vendedor de *salep*, con su aspecto desastrado, parecía más un cadáver que otra cosa; y, sin embargo, a ningún miliciano se le había ocurrido darle un solo golpe. Jamás. Cuando una vez le pregunté, mientras le compraba un vaso de *salep* detrás del portón principal de la escuela, «¿Te han pegado los milicianos alguna vez?», no me respondió. Se lo pregunté de nuevo, alzando la voz: «¡Dime! Los milicianos, los milicianos que se ponen al final de la calle... ¿te han pegado alguna vez?». Negó con la cabeza, sin mirarme. Fue ver esa respuesta y sentirme colmado de una enorme felicidad. «¡Gracias!», le dije, dando por descontado que el ojo arrancado era la razón de todo.

4. Caja de cartón

Al cabo de un tiempo dejé de ir a la escuela: me había convertido en una especie de urinario público. Todo el mundo meaba sobre mí sus chistes de mierda, sobre todo a raíz de la bofetada aquella que me propinó mi madre delante del resto de alumnos. Ni me sentía culpable ni pensaba en las consecuencias de no ir a clase; al contrario, me convencí a mí mismo de que necesitaba un descanso. Además, tenía que pensar en la forma de ayudar a mi padre. Y esto último pasaba por reforzar mis vínculos con los milicianos, a cualquier precio. Tenía que aproximarme a ellos, hacer algo para llamar su atención. Algo que fuera la bomba. *Boooooom*. Algo que les obligara a interrogarme y averiguar si, por ejemplo, no estaría colaborando con una milicia rival.

Justo al día siguiente encontré una ocasión propicia. Robé una caja de cartón. La había dejado uno de ellos en la esquina cercana al edificio que ocupaban. Dentro había un paquete de lentejas, cajas de medicinas, recetas médicas, un espejo retrovisor de Peugeot y un trozo de plástico que no pude averiguar para qué servía. Las medicinas eran para la madre de uno de los milicianos de menor rango. Agarré la caja y eché a correr. Me alcanzaron varios. No les hizo falta disparar, me rodearon junto a un coche aparcado, antes incluso de que se les hubiera pasado por la cabeza la idea de pegarme un tiro. Al momento estaba en una habitación, en el piso segundo del edificio de los milicianos. Cuando comenzó el «interrogatorio» (me gusta llamarlo así), pedí una silla para sentarme y una mano del tamaño de una paloma o una paloma y media se me abatió con estrépito sobre la nuca. Tosí, como si me estuviese aclarando la garganta, para contener las lágrimas: no me había metido en

ese lugar para que me dieran una tunda. Además, darle una colleja a alguien, al menos en la escuela, era hacerlo de menos. Si te merecían un mínimo de consideración les dabas una bofetada en la cara o les soltabas un puñetazo en la mandíbula o en la tripa. Pero una colleja... ¡Qué humillante! Aun así, me puse erguido como un jarrón, tratando de mostrar mi enorme capacidad de resistencia ante las adversidades. Deseaba suscitar su admiración; sin embargo, el jefe se limitó a preguntarme «¿No abren la escuela hoy o qué?», sin dejar de escudriñarme el uniforme y la mochila. Antes de que pudiera responderle, el resto de milicianos se estaba haciendo la misma pregunta, porque el cierre de los colegios, así, sin previo aviso, significaba que había pasado algo en materia de seguridad y que, por lo tanto, debían estar alerta. Pero la radio no decía nada. Por otro lado, la caja de cartón no tenía ningún interés salvo para el pobre miliciano, que, sospeché, debía de encargarse de prepararles el café, el té y los emparedados. Su madre estaba muy enferma y tenía que ir todos los días a hacerle un puré de lentejas y darle la medicina. La sesión de interrogatorio lo había obligado a quedarse allí, lo cual le había irritado muchísimo. De hecho, fue él quien me dio la colleja.

Me echaron con cajas destempladas. Largo. Me sentía frustrado. Ni siquiera me había preguntado por qué había intentado llevarme la caja de cartón. Ahora bien, no me fui muy lejos. Nada de volver a casa o a la escuela. Me aposté cerca del puesto de control, para ver lo que pasaba, conminándome, por supuesto, a no intervenir si uno de aquellos hombres armados pegaba a un transeúnte, aunque fuera mi padre. Yo sólo estaba allí para proponerles un negocio: quería venderles a mi hermano gemelo. En la escuela había oído al conductor del autocar decirle a la profesora de ciencias que los milicianos comerciaban con órganos humanos. Con los de los niños, para ser más precisos. El problema era saber qué milicianos se dedicaban a este comercio y cuáles no. El conductor no se lo había precisado a la maes-

tra. Y, cuando me acerqué y le pregunté, repuso en tono burlón con la intención, quizás, de hacerse el simpático con la profesora, que estaba de muy buen ver:

—Si lo quieres saber, ¡pregúntales a ellos!: «¿Sois aficionados a los órganos humanos?».

Así las cosas, no me quedaba sino preguntarles a ellos. En persona.